

EDITORIAL

Jorge Bollini

JORGE

Desgraciadamente, ésta es la segunda vez que tenemos que referirnos en un Editorial a la desaparición de alguien querido por nosotros y por el notariado en general.

Hace poco tiempo recordamos a Juan Cruz Ceriani Cernadas, nuestro anterior director y amigo; hoy nos encontramos nuevamente en esta situación por el fallecimiento de Jorge Bollini.

No está de más aclarar que este Editorial no responde sólo al hecho de que sea nuestro amigo, sino a lo que significa y significó él para nuestro Colegio.

Jorge tenía muchas virtudes, una de las que resaltaba era su permanente vocación y afecto por el notariado.

Se recibió de escribano en 1938 y cuatro años después, en 1942, ya era consejero. De ahí en adelante ocupó todos los cargos, salvo el de tesorero: fue vocal suplente, vocal titular, prosecretario, secretario, vicepresidente y presidente.

Como si esto fuera poco, fue cuatro veces presidente, o sea que triunfó en cuatro votaciones para poder serlo.

Lo notable es que con tal de colaborar, estaba dispuesto a ocupar cualquier lugar en el Consejo, su nivel y su importancia no dependían del cargo que desempeñara sino de su propia persona.

Fue, además, el primer director del Archivo de Protocolos Notariales.

Era uno de los pocos que quedaban entre nosotros que había participado

en el Primer Congreso Internacional del Notariado Latino, realizado en 1948, germen de la Unión Internacional.

Desde ese momento hasta 1992 se llevaron a cabo veinte Congresos Internacionales; Jorge concurrió a diecinueve.

Hasta el año 1991 hubo veinte convenciones de nuestro Colegio de Escribanos, la primera se realizó en 1969 cuando él era vicepresidente; a partir de ésta intervino en todas, llevando la delegación del Colegio.

El cúmulo de premios obtenidos, la concurrencia a congresos nacionales e internacionales, los cargos que desempeñó y la cantidad de trabajos publicados nos hacen pensar a los que a veces creemos haber hecho mucho, que todavía no hemos hecho nada.

Rápidamente, en una búsqueda no exhaustiva dentro de nuestra Revista, hemos encontrado unos veinte trabajos suyos; lo agradecemos y sentimos que somos deudores de algo que no podremos devolver.

Ése es el Jorge Bollini trabajador infatigable dentro del Colegio, pero hay otro que actuaba simultáneamente, que era un gran amigo y todavía sigue siéndolo desde el lugar en que esté.

Una pequeña historia

Algunos de nosotros empezamos a tener contacto con él, en forma permanente, a partir de 1969, o sea, hace treinta y cinco años. En 1967/68 y 1969 comenzaron a armarse en el Colegio equipos de estudio con los escribanos que ingresaban.

Nos llamaban, hablaban con nosotros, nos daban tareas.

Hasta ese momento lo jurídico se manejaba por medio de trabajos individuales realizados por escribanos con vocación de estudio; los equipos que funcionaban estaban dentro de las comisiones, básicamente en la de Consultas Jurídicas, pero no había un grupo organizado para las nuevas legislaciones que estaban gestándose.

Hay que tener en cuenta que la reforma del Código Civil se produjo en el año 1968. La ley del Registro 18801 es de ese mismo año, mientras que la de Sociedades y la de Concursos y Quiebras son del año 1972; prácticamente estallaron con un mismo Consejo en funciones.

En ese momento las autoridades del Colegio dieron un fuerte apoyo a los escribanos nuevos, a quienes enviaron por todo el país para dictar conferencias e intervenir en mesas redondas y congresos; incluso el Consejo empezó a pedir que se les diera intervención en reuniones vinculadas de alguna manera a su trabajo, aunque lo fuera en forma mediata.

Nosotros fuimos uno de los apoyados y promovidos; el actual Presidente del Colegio así como otros anteriores y varios consejeros también lo fueron.

El Consejo Directivo nos nombraba delegados y nos daba la representación del Colegio.

Formaban comisiones de estudio, pedían que se diera intervención al Colegio, hacían informes a la prensa y nos mandaban a cuanta discusión había sobre las leyes a promulgarse.

En el año 1969 comenzamos a organizar las convenciones locales; hasta ese momento participábamos en congresos nacionales o internacionales pero no teníamos una convención propia para estudiar los problemas que se presentaban. Además, a fin de incentivar el estudio, se creó un premio para el mejor trabajo de la convención.

Jorge no fue el único en su afán de promover el estudio de las nuevas legislaciones –incluso se crearon premios para los mejores trabajos–, había otros integrantes del Consejo que estaban detrás de esa meta, pero él fue el protagonista de peso. Ese Consejo en el que Jorge era vicepresidente fue luego conocido internamente como el Consejo Llach o el equipo Llach; ellos crearon, acentuaron o impulsaron el cambio. Tanto el Presidente como el Vicepresidente estaban siempre para atendernos y apoyarnos, siempre había tiempo para nosotros; actuaron con una grandeza y un desinterés que hoy extrañamos en otros órdenes de la vida nacional.

Tenemos que hacer notar por lealtad que ese cambio había empezado a gestarlo pocos años antes el escribano José Luis Quinos.

Los miembros de este grupo se prolongaron en el tiempo; varios de los posteriores presidentes salieron de ahí, así como la mayoría de los que manejaron las comisiones en los años sucesivos.

Antonio J. Llach se hizo cargo de la presidencia en el año 1969, su vicepresidente era Jorge Bollini; su secretario, Gastón Courtial; el tesorero era Augusto Rossi. Estaban también en ese Consejo Adolfo Scarano, Raúl Estévez, Rolando Caravelli y Roberto de Hoz, nombres que siguen apareciendo en el Consejo o en el Colegio hasta nuestros días.

Al año siguiente vemos también dentro del Consejo a Napoleón Paz, Héctor Novaro y Agustín Braschi, luego tres veces presidente.

Al otro año aparece Julio Aznárez Jáuregui, quien también fue presidente del Colegio; nuestro actual decano, Alejandro Fernández Sáenz, era el tesoro de ese Consejo.

Así se siguió, pero no queremos dar nombres sino mostrar la vocación de trabajo dentro de la institución que tenían los miembros de ese equipo; todavía hoy vemos a muchos de ellos en distintas funciones.

El grupo no sólo se hallaba conformado por los que estaban en el Consejo sino también por los que se ocupaban de la parte jurídica; esto generó una sinergia, un convencimiento en el destino del Colegio y de la profesión tan firme que transformó la creencia en realidad.

Algo como lo que sucedió con los inmigrantes europeos cuando llegaron a nuestro país, tan convencidos estaban de que tenía un destino de grandeza que consiguieron que lo tuviera.

Luego se perdió y nos toca a nosotros recobrarlo.

Ni hablemos de las cosas que hoy tiene el notariado que en ese momento no existían. Ni lo más obvio, como es el Archivo de Protocolos.

El Colegio era un Colegio chico, había una señorita, de nombre Victoria, que se encargaba de una vasta tarea y lo hacía realmente bien. Era una especie de computadora central, a la que nos referíamos para todo.

Por las tardes íbamos al Colegio, que era casi una segunda casa, donde nos encontrábamos con las autoridades para contarles lo que estábamos haciendo y los problemas que se nos presentaban.

Colocaron a la institución en un nivel ni soñado dentro de la comunidad; nosotros lo percibíamos claramente cuando íbamos a reuniones y entregábamos la nota que nos daba la representación del Colegio de Escribanos.

Uno de nuestros referentes habituales era Jorge; resultaba fácil acceder a él, tenía la ventaja de que no se conformaba, siempre iba por más.

En ese momento Callao 1542 era el único edificio que teníamos; hoy su interior está reformado y a veces dudamos de cómo era antes el primer piso, pero nos acordamos bastante bien del segundo.

Fue comprado por el Colegio en 1952; Callao 1540 fue comprado en 1970; Alsina, en 1971. La última compra que recordamos fue Las Heras, en 1986, cuando era una casa y no un edificio.

Como intuíamos la presencia de Jorge en todos estos proyectos buscamos los antecedentes y constatamos que detrás de cada uno de esos avances estaban su entusiasmo y dedicación al Colegio.

En la primera compra era el secretario; en la segunda, el vicepresidente; en la tercera era también vicepresidente y cuando se compró Las Heras presidía el Consejo Directivo.

Un episodio poco conocido pero que lo pinta de cuerpo entero fue su nombramiento como escribano en el corto tiempo que recuperamos nuestras Islas Malvinas.

Éste fue un suceso con un final y un manejo que muchos prefieren olvidar, pero hubo personas que se sacrificaron y pusieron detrás sus vidas y sus esfuerzos porque el problema, finalmente, era de nuestro país.

Jorge había sido nombrado escribano de las Islas en 1980; en ese año hizo tres escrituras. En 1981 hizo una. En 1982, unas pocas más.

Le ofrecieron el nombramiento y aceptó; en 1982 estuvo parte de su tiempo en Comodoro Rivadavia, luego fue a las Islas.

Salió de regreso al Continente en el último avión que partió de Malvinas transportando a los no combatientes; era un avión sin asientos y él volvía sentado sobre un cajón de armamento, lo acompañaba uno de nuestros soldados muertos.

Éste era un tema del cual no hablaba pero algunos que por distintas circunstancias estábamos cerca de él, lo sabíamos.

Fue designado por el Congreso “Veterano de Guerra de las Islas Malvinas”.

Éste era y es el escribano Jorge Bollini, público, con cargos, trabajos, decisiones y responsabilidades.

Luego está el Bollini de todos los días, que todavía era mejor y que, por sobre todas las cosas, era amigo de sus amigos.

Muchos de los que todavía andamos dentro de nuestro Colegio lo conocimos bien, sabemos que era querido y respetado también en el exterior.

Lo valoraban tanto que muchos de los que tuvimos luego cargos interna-

cionales lo debemos a su intervención. Los Consejos internacionales lo escuchaban; apoyaban a quien él apoyaba.

Era, además, un compañero de viaje irremplazable, estuviéramos en una ciudad grande o en un pueblito perdido.

Todo le venía bien, todo era entusiasmo, siempre listo para acompañarnos adonde fuera. Siempre arreglado, con conducta, nunca daba una nota que desentonara o hacía un comentario que no debiera. No se prestaba a chismes o habladurías, no olvidaba en su aspecto y en su forma de actuar que representaba a su Colegio y a su país.

En las fotos aparece casi siempre serio, con nosotros habitualmente tenía una sonrisa.

Fulton Sheen decía: “Algunas personas tienen la creencia de que cada árbol cuando se quema devuelve los colores que tomaron parte en su formación. Ven en los troncos el rojo de muchas puestas de sol, el morado de las auroras tempranas, la plateada claridad de la luna y el brillo de las estrellas. Lo mismo nos pasa a los hombres con aquello a lo que hemos dado entrada en nuestro corazón, es lo que devolvemos en los momentos de prueba”.

Eso fue lo que él siempre hizo con sus afectos, sus trabajos y sus amores.

Una de sus características más notables, paradójicamente, le quita dimensión en lugar de agregársela. La mayoría de la gente cree que los hombres importantes, los que provocan cambios positivos, están en otra parte, viven lejos de nosotros y son difíciles de acceder.

La inmediatez, la cotidianidad, quita dimensión a la gente. Es famoso el cuento del hombre que decía: “Cómo va a ser buen músico este Mozart si vive a la vuelta de casa”. El hecho de que viva cerca, de que se lo vea todos los días, quita al otro espectacularidad, protagonismo e importancia.

Jorge era protagonista y para nosotros tiene y tuvo mucha importancia, aunque siempre estuviera listo para recibirnos a cualquier hora, con una sonrisa, o para salir a caminar con nosotros.

Nunca se dio importancia, creemos que ni siquiera era consciente de que la tenía; hacía su tarea de manera natural ¹.

Si tuviéramos que emitir una opinión, diríamos que Jorge era una persona objetivamente feliz, dedicó gran parte de su vida a las cosas que él quería y amaba, y en un mundo difícil se granjeó afectos y obtuvo los cargos para los que se postuló. Fue acompañado hasta el final, cuidado y querido, siguió asistiendo a congresos y reuniones en compañía y con el apoyo de su mujer, Silvia, quien estuvo con él, al lado de él y sosteniendo su mano hasta el último momento.

Como si esto fuera poco, ocupó hasta el final un alto cargo en la Unión In-

(1) Esto de que la cercanía resta importancia quizás es más notorio en nuestro país. Recordamos de memoria, lo que puede provocar algún error, la estrofa de un poema sobre *El ombú*, que decía: *En su tronco se leen cifras/ grabadas con un cuchillo/ quizás por algún caudillo/ que a los indios venció allí/ por uno de esos valientes/ dignos de fama y de gloria/ y que no dejan memoria/ porque nacieron aquí.*

ternacional y recibió todo el respeto, el apoyo y la consulta de los Consejos que vinieron detrás de él.

Quizás le hubiera gustado permanecer como presidente del Colegio hasta sus últimos días pero aceptaba que eso no era posible.

Hay muchas otras cosas que podemos decir pero las sentimos como personales; sin embargo, queremos que quede claro que no le decimos adiós a un amigo porque lo seguimos recordando en las alegrías que nos dio.

Con el mayor agradecimiento.

El Director

Álvaro Gutiérrez Zaldívar